



Taller de Lectura y Escritura I

---

Ernest Hemingway (1899-1961)

---

*Fiesta (1926)- Fragmento del capítulo XVII*

El terreno que mediaba entre el límite de la ciudad y la plaza de toros estaba embarrado. Las vallas de madera del pasillo que levantaba ruedo estaban llenas de gente, y la multitud ocupaba también las ventanas exteriores de la plaza de toros y la parte alta de los tendidos. Oí el cohete y comprendí que no tenía tiempo suficiente para ver la llegada de los toros a la plaza, así que me apronté entre el gentío para situarme en la empalizada. Entre las dos vallas que formaban el corredor, la policía estaba despejando a la gente que caminaba o trotaba hacia la plaza. Empezaron a llegar los primeros mozos que corrían el encierro. Un borracho resbaló y cayó. Dos policías lo cogieron por debajo de los brazos y lo dejaron caer al otro lado de la valla. Los mozos seguían llegando, ahora corriendo ya a toda velocidad. La gente comenzó a gritar. Logré meter la cabeza entre dos tablonés y alcancé a ver a los toros que salían a la calle para entrar en el largo pasillo. Iban muy deprisa y estaban ganando terreno a los mozos. En ese preciso momento, otro borracho, utilizando una blusa como capote de toreo, trató de saltar la empalizada para demostrar se destreza taurina. Llegaron dos guardias, uno de ellos lo tomó del cuello de la camisa y el otro le dio un par de golpes de porra; después lo apretaron contra la valla como si estuviera pegado a ella y allí tuvo que quedarse inmóvil hasta que terminaron de pasar los mozos y la manada de toros.

Iba tanta gente corriendo que en el momento de llegar a la puerta de la plaza la multitud se apelotonó y tuvo que detener parcialmente su carrera; los toros pasaron jadeantes, galopando juntos, con los costados llenos de barro y agitando los cuernos. Uno escapó hacia delante y enganchó a uno de los hombres que corrían, lo corneó por la espalda y lo lanzó al aire. El hombre tenía los brazos pegados al cuerpo y echó violentamente la cabeza hacia atrás en el momento que en el cuerno se clavaba en su cuerpo; el toro lo levantó en el aire y después lo dejó caer. Después cogió a otro hombre de los que corrían, pero este desapareció de mi vista entre la multitud que atravesaba la puerta de entrada al ruedo perseguida por los toros. Se cerró la puerta roja del recinto y la gente que ocupaba los balconillos exteriores empezó a empujar hacia dentro, se oyó un alarido y después otro.

El hombre que había sido corneado estaba boca abajo sobre el barro pisoteado. La gente trepó la empalizada y ya no pude ver al hombre porque eran muchos los que lo rodeaban. Los gritos procedían del interior del ruedo y cada uno de ellos reflejaba la embestida de un toro contra la multitud. De la intensidad de los gritos podía deducirse la gravedad de lo que estaba ocurriendo. Después se oyó el cohete que indicaba que los toros habían entrado ya a los corrales. Bajé la empalizada y emprendí el camino de vuelta a la ciudad.